

EL JUEGO DEL ESCONDITE

ARTHUR C. CLARKE

Regresábamos caminando a través de los bosques, cuando Kingman vio la ardilla gris. Nuestro botín era pequeño, pero variado: tres faisanes, cuatro conejos (uno, triste es decirlo, era una cría) y dos palomos. Y a pesar de algunas predicciones siniestras que afirmaban lo contrario, los dos perros estaban aún vivos.

La ardilla nos vio en el mismo instante. Sabía que estaba destinada a una ejecución inmediata a consecuencia del daño que había causado a los árboles de la finca, y quizá había perdido parientes próximos bajo la escopeta de Kingman. Alcanzó en tres saltos la base del árbol más cercano, y desapareció tras él como un relámpago gris. Vimos una vez más su cara, cuando apareció por un instante tras su escudo a unos cuantos metros del suelo; pero a pesar que esperamos apuntando sin perder la esperanza hacia diversas ramas, no la volvimos a ver.

Kingman pareció muy pensativo mientras regresábamos a la espléndida y vieja mansión, caminando a través del césped. No dijo nada cuando entregamos nuestras víctimas a la cocinera —quien las recibió sin mucho entusiasmo— y no salió de su ensueño hasta que estuvimos sentados en el fumador y él recordó sus deberes de anfitrión.

—Aquella rata de árbol —dijo repentinamente (siempre las llamaba «ratas de árbol», fundándose en que la gente era demasiado sentimental para matar a las tiernas ardillas)—. Me recuerda un hecho muy extraordinario que ocurrió poco antes que me retirase. Muy poco antes, a decir verdad.

—Ya me figuraba yo que te lo recordaría —dijo Carson secamente. Le miré molesto; había estado antes en la armada, y ya había oído las historias de Kingman, pero para mí eran aún nuevas.

—Naturalmente —observó Kingman, algo molesto—, si crees que es mejor que no...

—Cuéntalo, por favor —dije apresuradamente—. Me has despertado la curiosidad. No puedo imaginarme qué relación puede existir entre una ardilla gris y la Segunda Guerra Joviana.

Kingman pareció ablandarse.

—Creo que será mejor alterar algunos nombres —dijo pensativamente—, pero no modificaré los lugares. La historia comienza a eso de un millón de kilómetros de Marte, por el lado del sol...

* * * * *

K. 15 era un agente de información militar. Le dolía mucho cuando gentes sin imaginación le llamaban espía, pero en aquel momento tenía razones mucho más fundadas de queja. Hacía ya algunos días que un crucero rápido se le estaba acercando por la popa, y si bien era lisonjero merecer la atención exclusiva de una nave tan hermosa y de tantos hombres especialmente adiestrados, era un honor del que K. 15 hubiese prescindido con mucho gusto.

Lo que hacía la situación doblemente enojosa era el hecho que sus amigos iban a salir a su encuentro cerca de Marte al cabo de unas doce horas, a bordo de una nave perfectamente capaz de entenderse con un sencillo crucero, de lo cual podrán deducir que K. 15 era una persona de cierta importancia. Desgraciadamente, los cálculos más optimistas indicaban que los perseguidores estarían a tiro de cañón preciso dentro de seis horas. Era por lo tanto probable que, al cabo de seis horas y cinco minutos, K. 15 ocupase un volumen de espacio que se dilataría constantemente. Quizá tuviese aún tiempo de aterrizar en Marte, pero eso sería una de las peores cosas que podría hacer. Con seguridad molestaría a los agresivamente neutrales marcianos, y las complicaciones políticas serían espantosas. Además, si sus amigos no tenían más remedio que descender al planeta para salvarle, les costaría más de diez kilogramos por segundo en combustible, la mayor parte de su reserva operativa.

No tenía sino una ventaja, y era muy dudosa. El comandante del crucero quizá adivinase que se dirigía a una cita, pero no sabría a qué distancia, ni el tamaño de la nave que vendría a su encuentro. Si podía mantenerse vivo solamente durante doce horas, estaría a salvo. Aquel «si» era verdaderamente importante.

K. 15 contempló pensativamente sus mapas, preguntándose si valdría la pena quemar el resto de su combustible en una carrera final. ¿Pero una carrera a dónde? Se quedaría entonces completamente indefenso, y quizá la nave perseguidora tuviese aún el suficiente en sus tanques para alcanzarle mientras se escapaba hacia la vacía oscuridad, fuera de toda esperanza de salvación..., y pasando a sus amigos en su trayectoria en dirección hacia el sol, a una velocidad relativa tan elevada que no podrían hacer nada para salvarle.

Los procesos mentales de ciertas gentes son tanto más lentos cuanto menor es el tiempo que esperan vivir. Parecen hipnotizados ante la aproximación de la muerte, tan resignados a su suerte que no hacen nada para evitarla. Pero K. 15, al contrario, descubrió que su mente marchaba mejor en una situación tan desesperada, y comenzó a funcionar ahora como rara vez lo había hecho antes.

El comandante Smith —este nombre servirá tan bien como otro cualquiera— del crucero *Doradus*, no se sorprendió demasiado cuando K. 15 comenzó a bajar su velocidad. Había esperado a medias que el espía aterrizase en Marte, pensando que la internación era mejor que el aniquilamiento, pero cuando la sala de posiciones comunicó la noticia que la pequeña nave exploradora se dirigía hacia Fobos, se sintió completamente desconcertado. Aquella luna interior no era sino un amasijo de rocas de unos veinte kilómetros de diámetro, y ni siquiera los económicos marcianos le habían podido encontrar utilidad alguna. K. 15 debía sentirse bien desesperado si se figuraba que a él le iba a servir de algo.

El pequeño explorador se había ya casi detenido cuando el operador del radar lo perdió frente a la masa de Fobos. K. 15 había derrochado casi todo su plomo durante la maniobra de frenado y el *Doradus* se encontraba ahora a solamente unos cuantos minutos..., a pesar que ahora comenzaba a bajar su velocidad para evitar sobrepasarle. El crucero estaba a menos de tres mil kilómetros de Fobos cuando se detuvo por completo; de la nave de K. 15 no se veía aún señal alguna. Debería ser fácilmente visible con los telescopios, pero estaba probablemente del lado opuesto de la pequeña luna.

Reapareció solamente unos cuantos minutos más tarde, dirigiéndose a toda velocidad en dirección opuesta a la del Sol. Estaba acelerando a casi cinco gravedades..., y había quebrantado el silencio de su radio. Un aparato automático estaba emitiendo una y otra vez el siguiente e interesante mensaje:

«He aterrizado en Fobos, y me ataca un crucero de la clase Z. Creo que puedo sostenerme hasta que ustedes lleguen. Pero apresúrense».

El mensaje no estaba ni siquiera cifrado, y dejó muy perplejo al Comandante Smith. Suponer que K. 15 estaba todavía a bordo de la nave, y que todo ello no era sino una argucia, era algo demasiado inocente. Pero podía ser una jugada doble: era evidente que el mensaje se había dejado en lenguaje corriente a fin que él lo recibiese, y le confundiese. No tenía ni el tiempo ni el combustible para perseguir la nave exploradora, si K. 15 realmente había aterrizado. Era evidente que había refuerzos en camino, y cuanto antes abandonase aquellos parajes, tanto mejor. La frase «Creo que puedo sostenerme hasta que ustedes lleguen» podía ser pura impertinencia, o podía significar que la ayuda estaba realmente muy próxima.

Y entonces la nave de K. 15 dejó de acelerar. Sin duda había agotado su combustible, y se alejaba del Sol a razón de algo más de seis kilómetros por segundo. K. 15 debía evidentemente haber aterrizado, pues su nave se estaba ahora alejando sin remedio del Sistema Solar. Al Comandante Smith no le gustó el mensaje que aquél estaba emitiendo, y adivinó que se estaba acercando a la trayectoria de una nave de guerra que se aproximaba desde una distancia indefinida, pero no podía evitarlo. El *Doradus* comenzó a avanzar hacia Fobos, deseoso de no perder tiempo.

En apariencia el Comandante Smith era el dueño de la situación. Su nave estaba armada con una docena de proyectiles dirigidos pesados, y dos torres de cañones electromagnéticos. Enfrente tenía a un hombre en un traje espacial, encerrado en una luna de sólo veinte kilómetros de diámetro. No fue sino hasta después que el Comandante Smith hubo echado su primera buena ojeada a Fobos, desde una distancia de menos de cien kilómetros, que comenzó a darse cuenta que, después de todo, quizá K. 15 tuviese algunas cartas escondidas.

Decir que Fobos tiene un diámetro de veinte kilómetros, como lo hacen invariablemente los libros de astronomía, es muy engañoso. La palabra «diámetro» implica un grado de simetría del que Fobos ciertamente carece. Como aquellos otros trozos de escoria cósmica, los asteroides, es una masa informe de roca que flota en el espacio, sin, naturalmente, ninguna atmósfera, y no mucha más gravedad. Gira alrededor de su eje una vez cada siete horas y treinta y nueve minutos, manteniendo siempre la misma cara del lado de Marte, el cual está tan cerca que solamente puede verse bastante menos de su mitad, quedando los polos bajo la curva del horizonte. Aparte de lo que antecede, hay muy poca cosa más que pueda ser dicha acerca de Fobos.

K. 15 no tenía tiempo para disfrutar de la belleza del mundo en creciente que llenaba el cielo por encima de su cabeza. Había arrojado todo el equipo que pudo sacar a través de la esclusa de aire, fijó los mandos y saltó. Cuando la pequeña nave se puso en movimiento arrojando llamaradas, y en dirección a las estrellas, la vio partir con un sentimiento que no le agradaba analizar. Había definitivamente quemado sus naves, y no le quedaba sino la esperanza que el acorazado que se aproximaba interceptase el mensaje de radio, mientras la vacía nave seguía su carrera hacia la nada. Había también la remota posibilidad que el crucero enemigo saliese en su persecución, pero eso era esperar demasiado.

Se volvió para examinar su nueva morada. La única luz era el resplandor ocre de Marte, pues el sol se encontraba bajo el horizonte, pero aquella era suficiente para sus propósitos, y podía ver muy bien. Se encontraba en el centro de una llanura irregular de unos dos kilómetros de ancho, rodeada de bajas colinas

sobre las cuales podía saltar con facilidad si así lo deseaba. Recordaba haber leído hacía tiempo una historia sobre un hombre que accidentalmente salió de Fobos de un salto; eso no era del todo posible — aunque sí lo era en Deimos— pues la velocidad de escape era todavía de unos diez metros por segundo. Pero a menos que tuviese cuidado, podría fácilmente encontrarse a tal altura que tardase horas en descender nuevamente a la superficie y eso sería fatal. Pues el plan de K. 15 era sencillo: permanecería tan cerca de la superficie de Fobos como le fuese posible, y en dirección diametralmente opuesta al crucero. El *Doradus* podía entonces disparar todo su armamento contra aquellos veinte kilómetros de roca, y ni tan sólo percibiría la conmoción. Había solamente otros dos serios peligros, uno de los cuales no le preocupaba mucho.

Para el profano, que nada sabe de los precisos detalles de la astronáutica, el plan podría haber parecido suicida. El *Doradus* estaba armado con lo último en armas ultra-científicas: y, además, los veinte kilómetros que le separaban de su presa representaban menos de un segundo de vuelo a toda velocidad. Pero el Comandante Smith no era un profano en la materia, y se sentía ya bastante incómodo. Sabía perfectamente que de todas las máquinas de transporte que el hombre había inventado, un crucero del espacio es, con mucho, el menos manejable. Era sencillamente un hecho que K. 15 podía dar media docena de vueltas al pequeño mundo, antes que el Comandante pudiese persuadir al *Doradus* para que diese siquiera una.

No hay necesidad de entrar en detalles técnicos, pero quienes no se hayan convencido todavía podrán quizá considerar los siguientes hechos elementales. Una nave espacial propulsada por cohetes no puede, evidentemente, acelerar más que en dirección de su eje principal; es decir, hacia «adelante». Cualquier desviación de una trayectoria recta requiere hacer girar físicamente la nave, de modo que los motores puedan dirigir su chorro en otra dirección. Todo el mundo sabe que esto se efectúa por medio de giróscopos internos o chorros directores tangenciales; pero pocas personas saben el tiempo que esa sencilla maniobra requiere. Un crucero medio, con su carga de combustible completa, tiene una masa de dos o tres mil toneladas, o que no conduce precisamente a una ligereza de movimientos. Pero las cosas son aún peor que todo eso, pues no es la masa, sino el impulso de inercia lo que aquí importa..., y puesto que un crucero es un objeto largo y delgado, su impulso de inercia es algo colosal. Es un hecho lamentable (aunque rara vez mencionado por los ingenieros astronáuticos) que se tardan sus buenos diez minutos en hacer girar 180° una astronave, cuando los giróscopos son de tamaño razonable. Los chorros de mando no son mucho más rápidos, y en todo caso su uso es restringido porque la rotación que producen es permanente y tienen tendencia a dejar la nave girando como un trompo retardado, con el consiguiente disgusto de los que se encuentran en su interior.

En circunstancias normales tales desventajas no son muy graves. Se dispone de millones de kilómetros y de cientos de horas para cuestiones de detalle tales como una alteración en la orientación de la nave. Es francamente contrario a las reglas del juego moverse en círculos de diez kilómetros de radio, y el comandante del *Doradus* no pudo menos de sentirse ofendido: K. 15 no jugaba limpio.

Al mismo tiempo aquel astuto individuo estaba examinando la situación, que muy bien podía haber sido peor. Alcanzó las colinas en tres saltos, y se sintió allí menos expuesto que en la abierta llanura. Había escondido el alimento y el equipo que había sacado de la nave donde creía que podría volverlo a encontrar, pero como su traje no le podía mantener vivo más de un día, aquello era lo que le preocupaba menos. El pequeño paquete que era la causa de todas las dificultades, seguía consigo, en uno de los numerosos escondrijos que proporciona todo traje espacial bien ideado.

Reinaba una estimulante soledad en torno de su nido de altura, a pesar que no estaba realmente tan solitario como hubiese podido desear. Perpetuamente fijo en el cielo, Marte menguaba casi visiblemente mientras Fobos se dirigía hacia el lado de noche del planeta. Podía apenas percibir las luces de algunas ciudades marcianas, puntos resplandecientes que marcaban las uniones de los invisibles canales. Todo lo demás eran estrellas y silencio, y una línea de desgarrados picos tan cercanos, que casi parecían estar al alcance de su mano. No había aún señales del *Doradus*. Pero quizá se estaba aproximando por alguna dirección inesperada: incluso podía y ése era en verdad el único peligro verdadero..., incluso podía haber desembarcado un grupo explorador.

Esa fue la primera posibilidad que se le ocurrió al Comandante Smith, cuando se dio cuenta de la situación con que tenía que enfrentarse. Pero luego se dio cuenta que el área superficial de Fobos era mayor a los mil kilómetros cuadrados, y que no podía prescindir de más de diez hombres de su tripulación para registrar todo aquel salvaje caos. Y, además, K. 15 iría con seguridad armado.

Si se considera el armamento que llevaba el *Doradus*, esta última objeción puede parecer francamente inepta, pero distaba mucho de serlo. En el curso normal de los acontecimientos, las armas de mano no son de más utilidad para un crucero espacial de lo que lo serían machetes y arcos. Daba la casualidad que el *Doradus* llevaba —y por cierto, en contra del reglamento— una pistola automática y cien proyectiles. Cualquier grupo explorador consistiría, por lo tanto, en un grupo de hombres desarmados que buscaban a un individuo temerario y bien escondido, que podía apuntarles a su gusto. K. 15 volvía nuevamente a jugar sucio.

El borde de Marte era entonces una línea perfectamente recta, y casi en el mismo instante salió el sol, no como un trueno, sino como una descarga de bombas atómicas. K. 15 ajustó los filtros de su visera y se decidió a moverse. Era más seguro permanecer fuera de la luz del sol, no solamente porque sería más difícil de encontrar en la sombra sino porque allí sus ojos serían mucho más sensibles. No tenía sino un par de gemelos que le sirviesen de ayuda mientras que el *Doradus* debía llevar un telescopio electrónico de por lo menos veinte centímetros de apertura.

K. 15 decidió que lo mejor sería tratar de localizar el crucero, si le era posible. Quizá fuese algo imprudente, pero se sentiría mucho más tranquilo cuando supiese exactamente donde estaba y pudiese observar sus movimientos. Podría entonces permanecer justamente bajo el horizonte, y el resplandor de los cohetes le advertiría con tiempo suficiente de cualquier movimiento que aquél intentase. Lanzándose con precaución en una trayectoria casi horizontal, comenzó la circunnavegación de su mundo.

La imagen menguante de Marte desapareció bajo el horizonte hasta que solamente un gran cuerno se alzó enigmáticamente frente a las estrellas. K. 15 comenzó a sentirse preocupado; no se percibía aún señal alguna del *Doradus*. Pero eso era apenas sorprendente, pues estaba pintada de un negro nocturno, y podía estar a sus buenos cien kilómetros de distancia en el espacio. Se detuvo, preguntándose si, después de todo, había hecho lo mejor. Y entonces notó que algo bastante grande estaba eclipsando las estrellas por encima de su cabeza, y se movía rápidamente mientras lo miraba. Su corazón se detuvo un instante: luego se repuso, analizó la situación, y trató de descubrir cómo había podido cometer tan desastroso error.

Tardó algún tiempo en darse cuenta que la negra sombra que se deslizaba por el espacio no era el crucero, sino algo casi igualmente mortífero. Era mucho más pequeño, y estaba mucho más cerca de lo que había pensado al principio. El *Doradus* había enviado en su búsqueda a sus proyectiles dirigidos orientados por televisión.

Éste era el segundo peligro que había temido, y no había nada que pudiese hacer, salvo permanecer tan inconspicuo como le fuese posible. El *Doradus* tenía ahora muchos ojos que le buscaban, pero esos auxiliares tenían limitaciones muy pronunciadas. Habían sido contruidos para buscar naves espaciales iluminadas por el sol frente a un fondo de estrellas, no para buscar a un hombre que se ocultaba en una selva de rocas oscuras. La potencia de sus sistemas de televisión era escasa, y solamente podían ver hacia adelante.

Había ahora más piezas en el tablero, y el juego era algo más mortal, pero todavía llevaba ventaja.

El torpedo desapareció en el cielo nocturno. Como se movía en una trayectoria casi recta en ese pequeño campo gravitatorio, pronto dejaría al ras a Fobos, y K. 15 esperaba lo que sabía tenía que ocurrir. Unos cuantos minutos más tarde vio las breves llamaradas de los escapes de los cohetes y adivinó que el proyectil volvía lentamente sobre sus pasos. Casi al mismo tiempo vio otro resplandor a lo lejos en el lado opuesto del ciclo, y se preguntó cuántas de esas máquinas infernales habían en acción. Por lo que sabía de los cruceros de la clase Z —y era bastante más de lo que debía— había cuatro conductos de mando de proyectiles, y probablemente todos ellos estaban en uso.

De repente tuvo una idea tan brillante que estuvo completamente seguro que no podría salir bien. La radio de su traje podía sintonizarse, y cubría una banda excepcionalmente amplia; y no muy lejos de allí el *Doradus* estaba emitiendo potencia desde mil megaciclos para arriba. Encendió el receptor y comenzó a explorar.

Muy pronto llegó el ronco zumbido de un transmisor pulsante, no muy lejos. Probablemente sólo captaba un subarmónico, pero eso bastaba. Por vez primera, K. 15 se permitió hacer planes a largo plazo sobre su futuro. El *Doradus* se había traicionado; mientras operase sus proyectiles, él sabría exactamente dónde se encontraba la nave.

Se desplazó cuidadosamente hacia el transmisor. Se sorprendió al observar que la señal se desvanecía, y luego aumentaba nuevamente con rapidez. Eso le extrañó hasta que se dio cuenta que debía estar moviéndose a través de una zona de difracción. Su amplitud le podría haber dicho algo útil si hubiese sido lo suficientemente buen físico, pero no podía imaginarse qué pudiera ser.

El *Doradus* colgaba a unos cinco kilómetros sobre la superficie, a plena luz del sol. Su pintura «no-reflexiva» estaba bastante deteriorada, y K. 15 podía verlo claramente. Como él se encontraba todavía en la oscuridad, y la línea de sombra se estaba alejando de él, decidió que estaría tan seguro allí como en cualquier otra parte. Se instaló cómodamente, de modo que pudiese justamente ver al crucero, y esperó, sintiéndose bastante seguro que ninguno de los proyectiles dirigidos vendría tan cerca de la nave. Calculó que a aquellas horas el Comandante del *Doradus* debía de estar ya bastante furioso; y no se equivocaba.

Al cabo de una hora el crucero comenzó a dar la vuelta con toda la elegancia de un hipopótamo embarrancado. K. 15 adivinó lo que ocurría. El Comandante Smith iba a echar una ojeada a las antípodas, y se preparaba para el peligroso viaje de cincuenta kilómetros. Observó muy cuidadosamente para ver la orientación que tomaba la nave, y cuando ésta se detuvo nuevamente se sintió aliviado al ver que estaba casi de costado con respecto a él. Y entonces, con una serie de sacudidas que no debieron ser muy apreciadas a bordo, el crucero comenzó a descender hacia el horizonte. K. 15 le siguió a cómodo paso de paseo —si fuese posible emplear tal expresión—, pensando que esa era una proeza que muy pocas

personas habían realizado. Puso especial cuidado en no adelantarse en alguno de sus deslizamientos de un kilómetro, y siguió vigilando cuidadosamente por si se aproximaba algún proyectil por la popa.

El *Doradus* tardó cerca de una hora en recorrer los cincuenta kilómetros. Lo cual, como K. 15 se divirtió calculando, representaba bastante menos que el milésimo de su velocidad normal. En una ocasión encontró que estaba apartándose hacia el espacio por la tangente, y antes que perder tiempo girando nuevamente, disparó una andanada de proyectiles para reducir velocidad. Pero por fin lo consiguió, y K. 15 se instaló nuevamente preparándose para otra espera, incrustado entre dos rocas desde las cuales podía justamente ver el crucero, y donde estaba seguro que el crucero no podía verlo a él. Se le ocurrió que para entonces el Comandante Smith tendría quizá graves dudas acerca de sí verdaderamente estaba sobre Fobos, y sintió ganas de disparar una bengala de señales para tranquilizarle. Pero resistió la tentación.

No serviría de mucho describir los acontecimientos de las diez horas siguientes, puesto que no se diferenciaron en ningún detalle importante de las que las habían precedido. El *Doradus* efectuó otros tres movimientos y K. 15 le continuó acechando con el cuidado de un cazador que sigue las huellas de un elefante. En una ocasión, en que la persecución le hubiera conducido a la plena luz del sol, dejó que aquél se deslizase bajo el horizonte hasta que solamente podía captar por muy poco sus señales. Pero la mayor parte del tiempo mantuvo al crucero justamente visible, generalmente muy por debajo, tras alguna colina adecuada.

Una vez un torpedo explotó a algunos kilómetros de distancia, y K. 15 se imaginó que algún operador había quizá visto alguna extraña sombra, o bien que algún técnico se había olvidado de desconectar alguna espoleta de proximidad. Por lo demás, nada ocurrió que amenizase los acontecimientos; la verdad es que todo aquello estaba resultando aburrido. Hasta casi le alegraba ver algún proyectil dirigido que evolucionaba inquisitivamente sobre su cabeza, pues no creía que pudiesen verle si permanecía quieto y razonablemente a cubierto. Si hubiera podido permanecer en la parte de Fobos exactamente opuesta al crucero, hubiese estado a salvo incluso de aquellos, puesto que la nave no los hubiese podido gobernar allí, en la sombra de radio de la luna. Pero no podía pensar en ninguna forma de asegurarse la permanencia en la zona de seguridad si el crucero se movía nuevamente.

El fin llegó muy repentinamente. Los chorros de dirección se inflamaron súbitamente, y el propulsor principal de la nave lo lanzó hacia adelante en todo su esplendor y potencia. Al cabo de pocos segundos, el *Doradus* se empequeñecía en dirección hacia el sol, libre al fin, contento de dejar, incluso derrotado, aquel triste pedazo de roca que tan enojosamente le había privado de su legítima presa. K. 15 sabía lo que había ocurrido, y una gran sensación de paz y de descanso le invadió. En la sala de radar del crucero, alguien había visto un eco de desconcertante amplitud que se acercaba a velocidad excesiva. K. 15 ya no tuvo más que encender el faro de su traje y esperar. Incluso pudo permitirse el lujo de un cigarrillo.

* * * * *

—Interesante historia —dije y ahora veo su relación con aquella ardilla. Pero se me ocurren una o dos preguntas.

—¿Sí? —dijo Rupert Kingman, cortésmente.

A mí me gusta siempre llegar al fondo de las cosas, y sabía que mi anfitrión había desempeñado un papel en la Guerra Joviana sobre el cual rara vez hablaba. Y decidí arriesgarme a ciegas.

—¿Podría preguntarle cómo es que sabe tanto acerca de este encuentro militar tan poco ortodoxo?
¿No es posible, verdad, que usted fuese K. 15?

Se oyó una especie de ruido ahogado y extraño procedente de Carson. Y Kingman dijo:

—No, no fui yo.

Se levantó y salió en dirección del cuarto de escopetas.

—Si me excusan por un momento, voy a probar de nuevo con aquella rata de árbol. Quizá la cace.

Carson me miró como diciendo: «Esta es otra casa a la que ya no te invitarán más.» Cuando nuestro anfitrión estuvo fuera del alcance del oído, dijo con voz fríamente clínica:

—Lo has reventado. ¿Por qué tuviste que decir aquello?

—Bueno, me pareció que era fácil de adivinar. Si no es así, ¿cómo pudo saber todo aquello?

—A decir verdad, creo que se encontró con K. 15 después de la Guerra: ellos debieron mantener una interesante conversación. Pero creía que tú sabías que Rupert había sido retirado del Servicio con solamente el rango de teniente comandante. El Tribunal de Investigación nunca pudo comprender su punto de vista. Al fin y al cabo, sencillamente no parecía razonable que el Comandante de la nave más veloz de la Flota no consiguiese apoderarse de un hombre en un traje espacial.

FIN

Libros Tauro